



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS**  
**BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS**

## **LECTURA SESIÓN 4**

# **CTX 124 GÉNERO E IDENTIDAD**

Lagarde, Marcela. “Claves feministas y nuevos horizontes”. En *La sociedad que las mujeres soñamos. Nuevas relaciones varón-mujer en un nuevo orden económico*, editado por Elsa Támez, 89-105. San José: DEI, 2001.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

# Claves feministas y nuevos horizontes

Marcela Lagarde \*

## 1. Los cautiverios y la modernidad

Las mujeres contemporáneas vivimos un mundo injusto e incierto y desde una condición de género *sincrética*, híbrida: somos tan tradicionales como las mujeres de siglos atrás y apenas alcanzamos a traducir en nuestra experiencia jirones de modernidad.

Nuestro *sincretismo de género* es a la vez un avance enorme y un lastre, porque la sociedad nos coloca ante disyuntivas en las que continúa reclamando de nosotras actitudes de renuncia, minoridad, aceptación de la pobreza de género, exclusión política y formas de opresión de género, por el solo hecho de ser mujeres, cuya síntesis es la *ciudadanía mutilada* y el *desarrollo fragmentado* incluso para mujeres con poderes relativos.

---

\* Marcela Lagarde: etnóloga, maestra y doctora en antropología. Profesora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Fundadora y profesora del Diplomado en Estudios de Género de la Universidad Rafael Landívar y FundaGuatemala. Coordinadora de los Talleres *Casandra* de antropología feminista. Consultora y asesora de organismos internacionales y de organizaciones feministas. Autora, entre otras obras, de *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México D. F., UNAM, (1990, 1993, 1997); *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*. Madrid, Horas y Horas (1997, 1998).

Los caminos del desarrollo están marcados por la precariedad para las más y por la marginación de los pisos de acceso a recursos y oportunidades. Aun en esas condiciones se identifica simbólicamente a las mujeres con la naturaleza y se nos encarga la *preservación del medio ambiente* y del *desarrollo de los otros*. El cuadro se completa al convertir en virtud femenina la negación del desarrollo personal y de género.

Las alternativas trastrocadoras de este orden son recibidas con escepticismo por los tradicionalistas, y hoy presenciamos una verdadera lucha política entre quienes pugnamos por avanzar y quienes conculcan a las mujeres el mínimo desarrollo humano para mantener sus privilegios y sus poderes patriarcales.

Las mujeres concretas seguimos siendo colocadas en posiciones simbólicas y prácticas estereotipadas que sintetizan sexualidades especializadas y mandatadas, subjetividades y mentalidades que correspondan de manera maleable con los poderes de dominio de los hombres y las fuerzas e instituciones conservadoras. Para ello, se recurre a la defensa de normas, tradiciones y creencias, usos y costumbres —así como de identidades inmutables.

La vida de millones de mujeres no conduce a horizontes de esperanza real. Por el contrario, avanzan en el mundo formas de exclusión y expropiación no solamente de los bienes y del trabajo sino del tiempo, los espacios y los bienes y recursos de las mujeres. Aumentan las condiciones de vida que imponen a las mujeres más y más carga de trabajo, deberes y obligaciones. Los discursos misóginos alzan la voz en defensa de mandatos y vocaciones enajenantes para las mujeres. Que no se nos olvide: nuestra estancia en la tierra es como *seres-para-otros* y *seres-de-otros*. La moral tradicional exalta valores de sumisión, servidumbre e inferioridad y los convierte en virtudes para cumplir y obedecer.

La política patriarcal conduce a *vidas "tabuadas"* para la mayoría de las mujeres en el umbral del siglo y del milenio. Los tabúes más importantes se concretan en múltiples prohibiciones a ellas a tomar la propia vida en sus manos. Son contenedores políticos, fosos que impiden el arribo de las mujeres a los derechos propios, los derechos en primera persona. El orden requiere reducir las a ser *cueros disciplinados-para-otros*, *seres-para-otros*, en voz de Franca Basaglia.

La culpa, el miedo y los prejuicios dogmáticos se actualizan y funcionan en las subjetividades de las mujeres como recursos de dominación para mantenerlas en apego incluso de quienes las

abusan, las violentan y les ocasionan daños. La violencia de género, personal, institucional y social, es evidente aun entre quienes no se considerarían violentos ni violentadas.

He aquí solo algunos trazos de los *cautiverios de género de las milenarias*.

La gran disputa ideológica y filosófica, y por ende política, en el umbral del milenio, sigue siendo por la *humanidad real de las mujeres*. Millones de mujeres nos movilizamos para construir la *condición humana* de cada una y de todo nuestro género. En plena modernidad, millones de mujeres viven sin derechos, sin conciencia humana ni ciudadana.

La asimetría marca la *condición política* de las mujeres. Resalta la distancia entre la magnitud de nuestros deberes, responsabilidades y aportes, y la pequeñez de los bienes, los espacios y los recursos que recibimos. Cambiamos genéricamente con estrechos márgenes de movilidad política. Es notoria también la correspondencia entre los poderosos mecanismos de dominación (de género, de clase, étnicos, nacionales, internacionales y globales) y la escasez de derechos de las mujeres. Caracteriza el umbral del milenio la falta de investidura de las mujeres como seres apesentadas con legitimidad en el mundo.

Estoy convencida que en nuestros países la *violencia contra las mujeres* se incrementa porque aumentan las contradicciones, las tensiones y los conflictos entre las mujeres y los hombres, en las parejas y las familias. Impera la lógica del autoritarismo, la intransigencia y la hostilidad contra las mujeres, a la par que se dan avances y logros en la presencia y el reconocimiento moderno de las mujeres como seres en igualdad y con derechos.

Los hombres y las instituciones de la vida cotidiana se resisten, se oponen, se defienden y contestan con hostilidad, agresión y violencia. Los menos autoritarios recuerdan e imponen a las mujeres el cumplimiento de sus deberes y el cultivo de la paciencia: después será, algún día podrán hacer lo que quieren, tener mejores oportunidades, cambiar cosas. Por ahora no es posible, tienen que esperar.

Y la *espera* sigue siendo la exigencia en situaciones tensas en las que hay dificultad para asimilar que las mujeres cambiamos, o simplemente que ponemos en primer término nuestras necesidades o deseos. Conforme las mujeres encontramos impedimentos o desarrollamos otra medida de lo impostergable y de lo justo.

Entran en contradicción modos diferentes de concebir la justicia y quedan en entredicho los poderes impuestos. Los conflictos se agudizan al *chocar los intereses de las mujeres* con los intereses de los demás.

El sentido común ha prefigurado una gran intolerancia tanto a la expresión abierta de las necesidades y los deseos de las mujeres como a su satisfacción. La intolerancia y la hostilidad legítima se intensifican cuando las mujeres resistimos, desobedecemos o simplemente no nos comportamos como *los otros* exigen. Los pasos de autoestima y el fortalecimiento de las mujeres son interpretados como ingratitude, desacato y locura. Así, se instala un clima de desconfianza y recelo que llega al reto violento ante la palabra y las acciones afirmadas de las mujeres.

Aumenta igualmente la violencia sexual de uso y daño o de desuso y abstinencia, impuestas a las mujeres como mecanismos cada vez más fomentados y normalizados en la cultura hegemónica. Hace un siglo, nuestras ancestras feministas imaginaban que en esta hora habría desaparecido la prostitución al expandirse órdenes sociales con vocación socialista. Un siglo después, la segunda vía languidece y la prostitución es masiva e incluye a mujeres desde la niñez. La pornografía es reivindicada como acto supremo de libertad y de madurez no coartable. Y la cosificación de todas está asegurada.

## **2. La alternativa feminista**

### **2.1. Las relaciones patriarcales y las trabas a la democracia genérica**

Somos parte de la crisis de un orden de géneros que se resiste a transformarse y exige de las mujeres, pero también de los hombres, cambios profundos. La alternativa feminista tiene por nombre *democracia genérica*. Cada vez más mujeres nos transformamos para adecuarnos a las exigencias vitales, previstas e imprevistas, para cumplir con nuestros compromisos y además desarrollarnos.

Nos movemos en medio de contradicciones permanentes. Si alentamos nuestro ser tradicional, entramos en conflicto con nuestras necesidades y aspiraciones modernas; si luchamos por nuestros derechos, los demás sienten que es contra ellos; si satisfacemos a los otros, no nos queda tiempo ni energía, tal vez ni recursos, para nuestro desarrollo. Si cumplimos con las expectativas ¿de quién?, ¿cuáles de todas?, nos traicionamos. La contradicción

es en ocasiones desgarradora y produce en las *sincréticas* tradicionales y modernas, emancipadas y carentes de derechos y bienes, la *escisión interior*. Experiencia desgarradora si no conduce a procesos innovadores, pero movilizadora a condición de ir optando por el *propio bienestar* y el de todas las mujeres.

Muchos hombres ni siquiera se percatan de que su manera de relacionarse con las mujeres y entre ellos mismos, así como la forma en que se enseñorean en el mundo y ocupan espacios y jerarquías, produce daño a las mujeres y daño social en la convivencia. No se percatan de la urgencia de dejar de ser como son: autoritarios, abusivos y hostiles, o pasivamente agresivos. La queja de las mujeres es unánime: repudio al egoísmo de los hombres y sus modos de beneficiarse de la subordinación y los servicios, las atenciones y los cuidados de las mujeres.

El *cinismo de género* es el resultado del *machismo hegemónico* de la cultura masculina. Cantidad de hombres consideran que cambiar consiste en volverse más agresivos sexualmente, en no comprometerse ni tener responsabilidades con las mujeres. O en comprometerse con todos los grupos, sectores, actores y protagonistas contemporáneos, pero nunca con las mujeres. Cambiar es factible, si es para ser poderosos. El progreso masculino es considerado, bajo la óptica patriarcal, como la modernización y ampliación de los poderes de los hombres. Incluso, miran como atraso el respetar normas y convenciones fijadas que limitan su abuso.

La insensibilidad para comprender que posiciones de avanzada en otras áreas como ser democráticos, trabajadores, y hasta identificarse con ideologías libertarias, se contradice con sus formas patriarcales de ejercer poderes personales.

Pocos hombres se dan cuenta que se requiere su esfuerzo para incluir en los grandes cambios de nuestro tiempo la transformación democrática de la vida privada y pública, referida a las relaciones entre mujeres y hombres. Pocos hombres asumen que la exclusión y la subordinación sexistas de las mujeres, atentan contra la democracia y el desarrollo, y son muestras de insolidaridad e impiden nuevas maneras de convivencia.

Todavía, la transformación democrática de las relaciones entre mujeres y hombres no forma parte de la agenda ciudadana ni de las agendas políticas concretas de los partidos políticos, de los órganos legislativos y de las instituciones gubernamentales.

## 2.2. Las mujeres feministas

En estos años he vivido el proceso pedagógico más intenso de mi vida. Inédito, fuera de la educación formal, más allá de las aulas tradicionales. Han sido mis maestras tantísimas mujeres, que es imposible hacer la cuenta. Descubro cada día la amalgama de la vida de las mujeres. He afirmado que la complejidad humana de las mujeres es hoy extraordinaria. Por la fuerza de las cosas y por propia voluntad, las mujeres hemos ampliado la condición de género, la experiencia, las habilidades, las destrezas, los saberes. Que debemos movernos en espacios tradicionalmente femeninos y en los marcados como masculinos, sitios extraños donde aún somos tratadas como extranjeras y no de primera clase, sino con *xenofobia de género*.

Estamos ahí y no pertenecemos. Al arribar a los espacios vedados simbólicamente, somos tratadas con benevolencia, con caridad, con paternalismo y seducción, o nos colocan como recipientes de un simbólico angelical, virginal o material, o malévolos, que encubre modos sofisticados de servidumbre. Lo contundente es la desigualdad y la infinita ausencia de derechos y de libertad con que vivimos las mujeres, inclusive las poderosas. Si se reconocen derechos mínimos y parciales, se nos regatean a tal grado que todavía discutimos si somos *humanas*; si lo correcto es la igualdad y el avance consiste en negociar hasta el *grado de exclusión* política, con las famosísimas cuotas de la política de acciones positivas. No contamos siquiera con legitimidad para participar en igualdad.

Cuánto camino para llegar y, a pesar de los avances, no conseguimos *desalambrar* en las conciencias la cultura machista y misógina enredada y cimentadora de clasismos sutiles y racismos de ida y vuelta, por demás enconados. Los avances de las mujeres cuestan el doble, por el doble velo que oculta *los cautiverios* y las múltiples voces para endulzarnos: entrega, moral, obediencia, amor, capacidad de trabajo.

En nuestros países, las mujeres aún no tenemos el derecho a saber que la desigualdad estructura nuestras vidas solamente por ser mujeres. Se nos enseña que somos iguales y que nadie en estas tierras sufrirá discriminación por su sexo. Falso.

Ante nuestros ojos y en nuestros cuerpos, en nuestras creaciones y nuestras vidas, somos discriminadas y sometidas y lastimadas.

Todavía no somos conscientes de la urgencia de una gran acción positiva de emergencia, para desmontar los cautiverios y caminar hacia la igualdad y hacia la libertad de las mujeres.

La gente común y la gente ilustrada se asustan ante la posibilidad siquiera de pequeñas libertades y mínimos poderes de las mujeres. Y aún se nos asusta con la soledad como castigo a nuestras necesidades de libertad, de pacto y de compromiso.

### 2.3. Claves de autonomía, igualdad y libertad

Del otro lado de *los cautiverios*, como su superación, se encuentran la igualdad, la autonomía y la libertad. Las experiencias más revolucionadoras de las mujeres y los hombres en sus relaciones de género. Quiero presentar aquí algunas claves feministas para enfrentar los cautiverios y abrir nuevos horizontes. Es la *utopía feminista* de cada día:

—*La historia* es la primera clave filosófica feminista. Ubicarnos en ella, salir de la investidura animal que se nos asigna como recurso de exclusión, inferioridad y dominio. Es imprescindible desarrollar la conciencia de ser *históricas*, y al vivir, ser sujetas de la historia. Despojarnos de los ropajes metafóricos que nos animalizan y asumir nuestra condición identitaria de *humanas*.

—*Ser humanas*, es clave identitaria: lo reitero: *humana* es la más bella palabra de nuestra lengua <sup>1</sup>, cifra de oculto, lo negado y silenciado. Lo fundamental, nuestro ser humanas. Condición personal y genérica insoslayable para auto constituírnos e intentar desde ese *ubis* la relación con *los otros*, también humanizados: desacralizados, desmitificados y despatriarcalizados. Ser humanas y feministas, puesto que el humanismo que nos cobija, nos subsume y nos minoriza, a la vez que hace de los hombres y del hombre el contenido paradigmático de lo humano. No basta con ser humanas, sino serlo desde el paradigma feminista, el único que sustenta la equivalencia humana de mujeres y hombres y la composición genérica de la humanidad.

—Nos urge una profunda revolución filosófica y política feminista de la condición masculina: ni los hombres, ni el hombre, son paradigma de lo humano; no son modelo ni estereotipo, como se ha pretendido desde la hegemonía patriarcal y como se ha impuesto en las historias de esa hegemonía; hoy, los hombres no pueden pretender dar nombre ni contenido a la humanidad, ni a la comunidad.

---

<sup>1</sup> Lagarde, Marcela. "Identidad de género y derechos humanos: la construcción de las humanas", en *Estudios básicos de derechos humanos II*. San José, Instituto Interamericano de Derechos Humanos, 1997 (2a. ed.), págs. 85-126.



—El mundo ha cambiado: la humanidad está conformada por mujeres y hombres, humanas y humanos. Es preciso conceptualizarlo así. No obstante, la filosofía es polvo si no se asienta en la política y si no se convierte en vida cotidiana, en normas, costumbres, afectividades y nuevas maneras de vivir.

—*La equivalencia* es el principio y la clave feminista que sustentan la igualdad humana entre mujeres y hombres. Concepto acuñado por Amelia Valcárcel al intervenir en la discusión acerca de la igualdad, ¡porque vieran qué compleja es esta discusión! Hay quien cree que la igualdad entre mujeres y hombres ya existe. Hay quien cree que ir en pos de la igualdad lleva a un travestismo de género, que en las mujeres podría aceptarse ya que parecerse a los hombres y tener sus poderes, es positivo. Los hombres son paradigmáticos, realmente humanos, prototipo de la ciudadanía y los liderazgos.

—Hay quien cree que la *igualdad* significa identidad, es decir, que seamos idénticos referenciales. Piensan que la igualdad es indeseable, pues creen que consiste en que los hombres hagan cosas de mujeres, se conduzcan como mujeres y sean reclusos y subordinados como nosotras. Ante estos ingratos peligros, Amelia Valcárcel nos regala el concepto de *equivalencia*. Para arribar a la igualdad debemos partir del principio de *equivalencia*: no se trata de eliminar nuestras significativas diferencias, sino considerar que aunque diferentes y desiguales, mujeres y hombres somos equivalentes, seres de igual valor. Éste es el principio fundante, no únicamente de la cultura feminista, sino de la actualísima ética de los derechos humanos.

—*La equivalencia*, como principio innombrado, formó parte de la conciencia de las ancestras, y lo está en la íntima reflexión de las mujeres que aún no son confirmadas por el mundo de la enajenación entre mujeres y hombres en su equivalencia.

—Cuando, en 1792, Mary Wollstonecraft, nuestra ancestra, planteó en su *vindicación de los derechos de las mujeres*, apoyada en la tesis central del feminismo “las mujeres y los hombres son iguales en tanto pertenecen al género humano”<sup>2</sup>, su punto de partida era la *equivalencia humana*. Si las mujeres pertenciésemos a otra subespecie (puedo imaginar *la femina faber*

---

<sup>2</sup> Cobo, Rosa. “La construcción social de la mujer. Mary Wollstonecraft”, en Amorós, Celia. *Historia de la teoría feminista*. Madrid, Universidad Complutense, 1994, pág. 25.

*sapiens*, distinta de la subespecie *homo sapiens sapiens*), sería impensable dar el paso de esa subespecie a la otra.

—La naturaleza es infranqueable. Nuestro lugar subalterno natural hubiera sido la prueba de la imposibilidad, sin embargo no fue así. El feminismo ha revolucionado culturas centenarias y milenarias al plantear que los mitos que nos hicieron surgir de cuerpos masculinos y los mitos científicos naturalistas, eran solo justificaciones perversas para velar la percepción humana de las mujeres. Por eso, más tarde, en debate con Sigmund Freud, Simone de Beauvoir debió indicarle que *naturaleza no es destino*.

—Y para explicar que la *diferencia sexual* ha permitido construir no solamente opciones diferentes de vida para mujeres y hombres, sino que esas diferencias vitales eran a la vez resultado y fundamento de *desigualdades*, Virginia Woolf imaginó su Orlando<sup>3</sup> y nos mostró cuán distinta y deficitaria se tornaba la vida para su personaje cuando era mujer, y cuántas oportunidades le brindaba el ir por el mundo como hombre. Sus andanzas, sus encuentros, sus oportunidades diríamos hoy, eran diferentes. Y no solo eso. Cuando Orlando era hombre, ¡cuántos poderes, cuánta libertad tenía! Virginia Woolf creó con ese mismo fin a Judith, la hermana de Shakespeare, a quien tras tanta frustración y agravio condujo al suicidio y no al éxito, como sucedió con su hermano William<sup>4</sup>. Con todo, Virginia Woolf sostuvo la importancia de educar las diferencias y eliminar las desigualdades entre mujeres y hombres.

—Y Gloria Steinem, nuestra contemporánea, usó el recurso del mundo al revés y se preguntó qué pasaría si Freud fuera mujer, para convencer en la Asociación Americana de Psiquiatría acerca de la urgencia de que aprobaran la ley de igualdad de

---

<sup>3</sup> Woolf, Virginia. *Orlando*. México D. F., Hermes, 1983.

<sup>4</sup> Se pregunta Virginia Woolf: "¿quién puede medir el calor y la violencia de un corazón de poeta apresado y embrollado en un cuerpo de mujer?... ésta vendría a ser, creo, la historia de una mujer que en la época de Shakespeare hubiera tenido el genio de Shakespeare. Pero por mi parte estoy de acuerdo con... que es impensable que una mujer hubiera podido tener el genio de Shakespeare en la época de Shakespeare, porque genios como el de Shakespeare no florecen entre los trabajadores, los incultos, los sirvientes. No florecieron en Inglaterra entre los sajones, no entre los britanos. No florecen hoy en las clases obreras. ¿Cómo pues, hubieran podido florecer entre las mujeres que empezaban a trabajar... Sin embargo debe de haber existido algún genio entre las mujeres, del mismo que debe haber existido en las clases obreras". *Una habitación propia*. Barcelona, Seix Barral, 1980, págs. 68s.

oportunidades. Así, mostró algunos oprobios de las disciplinas de la mente al crear a su elocuente y sabia Phyllis Freud, quien

...reveló problemas tan universales como la envidia del útero y la envidia del clítoris que limitaban a los hombres, y la ansiedad por el pene y la ansiedad por la castración del pecho que obsesionaba incluso a las mujeres —cuyo mayor temor era convertirse en hombres.

Y continúa Gloria Steinem:

...nada de eso serían contribuciones a la ciencia. Ya eran parte de la cultura y Phyllis Freud solamente habría cumplido la labor de dotarlas de una base científica. No, su viaje de heroína comenzó con su interés por un tratamiento de la *testiría*, una enfermedad de los hombres que se caracterizaba por incontables ataques de emoción y misteriosos síntomas físicos, tan común y característica de los hombres que la mayoría de los expertos suponían que estaba relacionada con los testículos (de ahí su nombre)<sup>5</sup>.

—*La igualdad es la clave de la alternativa feminista*. Dice Amelia Valcárcel:

La igualdad es un reconocerse, es en primer lugar una relación concedida o pactada, a veces incluso impuesta. En este sentido, si la moral consiste esencialmente en la capacidad de ser justo, libre, benévolo o lo que se desee añadir, con los demás, cada una de estas cosas existe sobre el fundamento de que los demás son como uno mismo y que nada que uno se conceda a sí mismo, tiene derecho moral a no concedérselo a otro, sino que, al contrario, tiene el deber de pensar en el otro, como un sí mismo<sup>6</sup>.

—*El tiempo*, es una dimensión clave: las mujeres precisamos la resignificación del pasado y la desactivación de sus hechos lacerantes, el fin de la nostalgia, tanto como el fin de la esperanza idealista de futuro, para ubicarnos en el presente único y efímero tiempo del desarrollo y la experiencia. El futuro y la utopía dejan de ser el tiempo del *no-lugar*, del nunca jamás, de la rítmica postergación del deseo propio. Se convierten en el tiempo de lo posible, una experiencia de sentido paradigmático que da luz al presente *tópico*, al aquí y al ahora, porque a diferencia de los seres fantásticos, nosotras somos mortales.

---

<sup>5</sup> Steinem, Gloria. *Ir más allá de las palabras. Rompiendo las barreras del género*. Paidós, 1994, pág. 38.

<sup>6</sup> Valcárcel, Amelia. *Del miedo a la igualdad*. Barcelona, Grijalbo-Mondadori, págs. 16s.

—*El espacio*, es la otra dimensión clave: ser mujer es no tener todavía un lugar en el mundo. Las mujeres requerimos un lugar autorreferido en el ancho mundo, pero en el mundo propio, mediato e inmediato, íntimo e interior. El lugar propio de cada una. El cuerpo propio, la tierra y la casa. Yo soy mi casa <sup>7</sup> es la mínima aspiración feminista y únicamente el comienzo para ocupar otros espacios con legitimidad, puesto que se cambia la apropiación del espacio marcada por los poderes expropiatorios y excluyentes.

—*La ciudadanía*, es clave feminista de *identidad política*. Consiste en tener derecho a tener derechos, seres investidas de derechos específicos referidos a nuestra condición de género. Vivir siempre en cualquier espacio, en la casa o en la calle, en las relaciones familiares o amistosas, civiles y políticas, laborales, como seres investidas de derechos, ¡de todos los derechos! Ahora las mujeres vivimos escindidas porque facetas, papeles y ámbitos se configuran con unos derechos que cesan en cuanto estamos en otros papeles, relaciones o espacios. Necesitamos homologar los derechos en la totalidad de la persona y de la identidad. Dice María Zambrano:

Si se hubiera de definir la democracia podría hacerse diciendo que es la sociedad en la cual no solo está permitido, sino exigido el ser persona <sup>8</sup>.

—Ser *ciudadanas* a solas y tener autoconciencia de ciudadanas, depende de la posibilidad de que esos derechos sean reconocidos universalmente, sean norma, reconocidos por todos y no estén sujetos a la interpretación y el poder. Ser *ciudadanas* significa, además, ejercer esos derechos al enfrentar la vida; nadie tiene derecho a ejercer ninguna forma de opresión sobre nosotras. Nadie es dueño de nosotras.

—*Autonomía*, esa clave feminista de la *autoexistencia*. Como las mujeres somos *seres-para-otros* y seres que vivimos nuestra trascendencia a través de *otros*, la autonomía exige la *desconstrucción* de los binomios que cosifican y hacen de la vida de las mujeres una existencia satelital, dependiente, periférica, e ilimitada. Hacen de las mujeres apéndices de hijos, cónyuges, padres, madres, familias, maestros, médicos, curas, pastores, gurús, instituciones, causas y patrias.

---

<sup>7</sup> Amor, Pita. *Yo soy mi casa...*

<sup>8</sup> Zambrano María. *Persona y democracia. La historia sacrificial*. Madrid, Anthropos, 1988.

—La existencia en binomio, en fusión, hace de la identidad personal un conflicto de confusiones. ¿Quién soy yo? ¿Quién eres tú? ¿Dónde comienzo yo y dónde terminas tú? Confusión de límites que impide la individuación y la identificación de la persona consigo misma. Confusión que hace a las mujeres vivir la oposición entre los derechos de *los otros* y los derechos propios, entre los deseos de los otros y los propios. Confusión construida con arte de orfebrería, que requiere para su desmontaje también un arte.

—El orden ha logrado la lealtad y la entrega de las mujeres a *los otros* y al orden del mundo que nos limita. Por ello, la *autonomía* empieza con la identificación del *yo* y de la persona, la creación de límites, y la definición de sus posibilidades y sus deseos. La *autonomía*, en cada mujer, es el primer paso de solidaridad sórica con las mujeres: un nuevo principio de la eticidad feminista. Comienza en una misma y tiene como sujeta de sororidad a una misma; conduce a la lealtad de la persona a sí misma y a priorizar sus necesidades, sus objetivos, sus derechos y sus fines, a no perder el rumbo.

—*Autoestima*. Es clave feminista, camino hacia la libertad y fundamento de cualquier aspiración a la igualdad. No hay libertad sin autoestima, y no hay igualdad sin ella.

—La *autoestima* es asimismo constituyente de *autonomía*. La *autonomía* es clave feminista frente a los daños personales y colectivos que inferiorizan, discriminan, marginan, en una palabra, oprimen a las mujeres patriarcalmente por el solo hecho de ser mujeres. La negación ideológica de la opresión socialmente abarcadora soporta una falsa autoestima alentada en las mujeres. Se produce por el reflejo de la estima de *los otros*, y al ser valoradas por la fidelidad a los estereotipos tradicionales y por el deber ser cumplido. La opresión convertida en virtud femenina, refuerza un espejismo desdoblado de autovaloración misógina.

—¿Pero cuál es el camino para conseguir el desarrollo de la *autoestima* sólida de las mujeres? ¿Por dónde se empieza? ¿Qué priorizar? Desde luego, el cuerpo y la sexualidad. Por eso, es esencial lograr la intocabilidad del cuerpo y la subjetividad de cada una, con el derecho inalienable a decidir sobre nuestros cuerpos y nuestras vidas.

—Continuar con el principio ético de la *justicia*, clave feminista de la *equidad*: con la reparación de los daños de género vividos

por cada una, y crear las condiciones personales y sociales para conseguir que nunca más ocurran los hechos oprobiosos. Aunque es la justicia también, apoyar los derechos y los apoyos personales y sociales que ya hay en la sociedad para las mujeres. La justicia implica igualmente eliminar los privilegios, la impunidad y todo lo que apuntale el señorío patriarcal de los hombres sobre las mujeres.

—La *autoestima* se desarrolla cuando las personas y las instituciones no se inmiscuyen en las opciones sexuales, afectivas, laborales, ideológicas o de cualquier índole que tome cada una, y cuando respetan las decisiones de las mujeres.

—La *autoestima* autorreferida se consolida al hacer consciente el *sincretismo* de género en la identidad de cada quien. Desde luego, es mejor cuando logramos integrar lo que nos escinde: cada mujer es a la vez tradicional y moderna, pública y privada, ciudadana y ser sin derechos, sabia y analfabeta, visible e invisible, vive un poquito *para sí* y mucho *para-los-otros*. Es en parte emancipada y también dependiente. La escisión se resuelve cuando cada mujer inicia o continúa y persiste en la larga marcha de su yo al centro de su subjetividad, y cuando se concreta en como autoidentidad; se afirma más cuando cada una logra, por equivalencia, colocar a los otros fuera de su centro vital, y se relaciona vincularmente y no es invadida ni habitada.

—No hay *autoestima* sin valoración y si las mujeres estamos subvaluadas, y en un piso inferior de la jerarquía política genética, si en el camino ascendente somos detenidas por el techo de cristal, ése que está ahí, todopoderoso, coartando nuestro ascenso, nuestro posicionamiento, nuestro desarrollo. Está ahí pero no lo vemos, como no vemos el escalón de desigualdad que nos inferioriza y subordina frente a los hombres. Escalón jerárquico y techo de cristal invisibles, hacen invisible la desigualdad. Por ello, necesitamos partir de la sensibilidad de la desigualdad y hacerla consciente, visible y enfrentable.

*El poderío*, la clave feminista sobre cómo acuñar los adelantos. La autonomía y la igualdad se producen y dan fortaleza a las mujeres, únicamente cuando son *poderío*: capacidades, bienes, recursos, habilidades y destrezas materiales y simbólicas utilizadas por las mujeres como poderes positivos para enfrentar la vida cotidiana. Existe *poderío* cuando no postergamos la satisfacción de nuestras necesidades personales y cuando, al

satisfacerlas, avanzamos en nuestro desarrollo y complejizamos nuestra vida y el mundo.

—*Equipotencia*. Amelia Valcárcel nos recuerda que

...la igualdad se resolvió en ciudadanía con sus recortes, especificaciones y efectos perversos. Sin embargo, la idea era previa a esa incorporación. La igualdad es la idea fundamental moral en su significado más profundo de *equipotencia*<sup>9</sup>.

Cada mujer asume que no es objeto de pactos, sino sujeta pactante. Frente a la lógica patriarcal de los pactos entre hombres e intereses masculinos, el reconocimiento de las mujeres como *pactantes* tiene implicaciones para todas las redes visibles e invisibles de los poderes de dominio, y desde luego, para crear condiciones sociales para el desarrollo de las mujeres.

—*Equifonía*, es la clave feminista acuñada por Isabel Santa Cruz<sup>10</sup> frente al silenciamiento de las mujeres y la sordera a su voz y saberes. Es el reconocimiento del derecho a la palabra, al discurso, a la razón. Es el presupuesto para el diálogo y la posibilidad de la pluralidad. El monólogo del dominio se establece al silenciar a las mujeres, o al disminuir el alcance de los discursos y los saberes femeninos. La *equifonía* desmonta violencias, despotismo y autoritarismo. La *equifonía* hace audibles a las mujeres y concita a los hombres a la voz suave, a la *interlocución*, la negociación argumental y el pacto.

—Tenemos *poderío* cuando, además, cargamos de sentido filosófico lo que somos y conseguimos un horizonte de vida abierto, sin destino, sin mandato. No hay libertad sin poderío, por ello toda búsqueda de realización requiere hacer coincidentes los procesos de empoderamiento con los de liberación. Si esto no sucede, es posible ser poderosas cautivas con ilusión de libertad.

—*La libertad*. Es la clave feminista que da sentido a todo. No queremos tener igualdad en la enajenación, sino en libertad. Pero, ¿en qué consiste? Sencillamente en la posibilidad de otorgarle sentido, impronta, camino, orientación a nuestra vida. No obstante, para ser libres se requieren condiciones del mundo. La primera es el reconocimiento de la condición libre

---

<sup>9</sup> *Op. cit.*, pág. 16.

<sup>10</sup> Citada en Celia Amorós, *El concepto de igualdad*. Madrid, Pablo Iglesias, 1994, pág. 31.

de las mujeres, y luego, el que haya posibilidades de escoger. ¿Se acuerdan de Choisir? No fue casual que Simone de Beauvoir y sus compañeras llamaran así a su organización feminista. En efecto, la opcionalidad en la vida adquiere toda su dimensión de libertad: poder optar, poder virar el camino, poder decidir sobre todo lo que me concierne a mí, a partir de una ética del propio beneficio. La libertad está también en poder decidir como par sobre los asuntos compartidos, sobre el mundo próximo y el mundo todo.

—Simone de Beauvoir nos alerta, no hay que equivocarse; lo que nos ofrecen como un caramelo es la felicidad, a cambio conculcan nuestra libertad. Y para que no se nos olvide:

En cuanto a nosotras, estimamos que no existe otro bien público que el que asegura el bien privado de los ciudadanos; juzgamos las instituciones desde el punto de vista de las oportunidades concretas ofrecidas a los individuos. Y tampoco confundimos la idea del interés privado con la de la felicidad.

—*La mismidad*, es la clave feminista sin la cual no existimos como modernas. Es la más transgresora de la alternativa feminista. La experiencia de la *mismidad* es la autorreferencia vital: de la propia persona, el propio espacio, propio tiempo, propio mundo. Cada mujer elige con libertad ir, vivir, echarse a andar, contemplar, trabajar, amar, en pos del propio desarrollo y de la mejoría del mundo. La *mismidad* implica la centralidad del yo en la propia vida, y descentralizar, desjerarquizar y desempoderar a *los otros*. La *mismidad* es fundamento de la creatividad y está definida por el placer de la existencia. Es el punto de partida para las nuevas relaciones basadas en la cooperación.

—*Paz*, clave feminista frente a la violencia; paz cotidiana, conyugal, familiar, basada en el respeto a los derechos humanos de las mujeres. Paz para enfrentar el *feminicidio* de cada día y eliminarlo. Paz es vivir sin estrechez ni pobreza. Paz es vivir sin miedo de los otros, ancladas en la seguridad de una sociedad constructora de seguridad para la vida y de caminos de diálogo para el disenso y el acuerdo. Paz, como reconocimiento de interlocución y respeto a la integridad de cada quien y del mundo.

—*Sororidad*, es clave feminista para enfrentar la enemistad y el mundo de las idénticas, incitados y construidos patriarcalmente sobre nosotras. Dice Celia Amorós:



Hay que construir pues la individualidad femenina en regla de la serie, hacer que el colectivo mismo se estructure conforme a reglas de troquelado de individualidades. Ni floreros ni ramilletes. Ni Venus ni difusas Pléyades, espacios estructurados de las iguales: constelaciones entre constelaciones <sup>11</sup>.

—Por eso, la sororidad parte de la equivalencia entre mujeres diferentes y desiguales. Es un mutuo reconocimiento y revalorización. Es una disposición hacia la otra, hacia las otras. Sin *sororidad* la misoginia desborda los recovecos de las relaciones entre las mujeres. El encuentro positivo no es automático ni natural. Precisa asimismo una disposición constante, es una ética y puede ser una política: una alianza interesada para enfrentar el patriarcalismo, un reconocimiento de la humanidad de la otra, de su condición y de su persona. La *sororidad* puede conducirnos a poner por encima de las discrepancias, una finalidad compartida. Puede concretarse en la suma y la concatenación de poderes, y constituirse en poder político para hacer avanzar en la sociedad la causa feminista.

—La *sororidad* configura con la *mismidad* el núcleo de la *transgresión feminista*: atenta contra el supuesto de que el dominio de género se establece ahí donde la enajenación entre las semejantes anula la capacidad de identificación positiva. La *sororidad* es la clave imprescindible para transitar juntas, apoyarnos y reconocernos autoridad y valor. No olvidemos que los avances y los derechos individuales solo se protegen, conservan, colectivamente. El feminismo avanza cuando la coalición y la convergencia entre las mujeres se sobrepone al desencuentro. Los derechos más importantes y los cambios liberadores han sido creados por la coincidencia pactada en alianza entre las mujeres.

—La *solidaridad* es la clave feminista para hacer entrañables las relaciones con los hombres, con otros sujetos sociales, con otros movimientos y causas; es clave para construir la igualdad y lograr la libertad. La subsunción en los hombres y la dominación de género han tornado simbólica la relación mujer-hombre, un conjunto de mitos que contienen principios de complementariedad y paridad que no se cumplen en las relaciones reales. Necesitamos construir la real igualdad con los hombres, los derechos concretos que la aseguren y la actualización simbólica en el imaginario, en los lenguajes y en los valores.

---

<sup>11</sup> *Op. cit.*, pág. 48.

—La *solidaridad*, es un principio ético que solamente puede desarrollarse si la anteceden la equivalencia y la equipotencia; las que fundamentan, favorecen la real solidaridad que puede plasmarse en una cultura del asombro y la conmoción mutua, el respeto y la empatía. Desconstruir el estereotipo del sentido de las relaciones entre mujeres y hombres como universal y totalmente sexual y amoroso, es un principio que permite dessexualizar relaciones que no tienen la sexualidad como objetivo y desarrollar entre mujeres y hombres diversidad de relaciones con fines inimaginados. La solidaridad, entonces, puede expresarse en ellas y resignificar relaciones tradicionales como son las de amor y amistad. La solidaridad contiene la posibilidad de la sociedad entre mujeres y hombres. La sociedad equitativa y paritaria.

—El *feminismo*, como cultura compartida y experiencia práctica personal, íntima o social, se ha plasmado siempre en acciones positivas, creativas, vitales, siempre basadas en esta ética y en ese sentido de la vida. El feminismo es la certeza experimentada al construir, aquí y ahora, alternativas a esa enajenación sexual de la que provenimos. Es de antemano, una apuesta por las mujeres, y también por los hombres. Mujeres y hombres renovados por pactos y alianzas para conseguir cotidianidades vivibles para cada quien y para todos.

—Finalmente, construir la *libertad* es la clave feminista sin la cual, todo lo antedicho es retórica. La *libertad* de todas tan deseada, inicia su condensación cuando somos capaces de ver y nombrar los *cautiverios*; cuando dejamos los miedos, las culpas y la resignación. En ese tránsito, develarnos cada una y todas como mujeres, como género, conduce a descubrir todas las tonalidades de la libertad, a desearlas y necesitarlas. Lo trascendente, en el feminismo, está en vivir las claves de la libertad, de manera rigurosa, a cada paso, cada día.